IV EXALTACION DE NUESTRA SEÑORA DE LA ALHAMBRA DE GRANADA

Granada, que al madurar te rompes

y en rubíes te desgranas,

al llegar la Primavera,

besos y miradas nuevas

para María de la Alhambra,

en rosario de piropos

cuidadosamente engarzas.

Para la muerte del Hijo,

es lienzo blanco tu Sierra;

para su pena de Madre,

perlas y brisa tus mares;

en sus llagas la Vega pone

arrullos de palomas tiernas;

en su dolor, el amor hecho cantares.

Representantes de la Real Federación de Cofradías, Hermano Mayor, queridos amigos todos reunidos aquí hoy al amparo de María Santísima de las Angustias en su advocación de la Alhambra:

Cuando un tanto confundido recibí el encargo de cantar a tan excelsa Madre, deferencia que agradezco sincera y emocionadamen te, acepté sin dudar, claro está, porque suponía no ya un altísimo honor sino también un verdadero reto. Por varias razones, a cual de ellas más poderosa y capaz por sí sola de cohibir el ánimo de cualquiera por bien dispuesto que estuviera: de un lado, por ejempl o, la responsabilidad que entraña cualquier pregón de Semana Santa, tanto por la altura de lo que cantamos, nada menos que la Pasión , Muerte y Resurrección de Dios en su naturaleza humana y, en este caso concreto, el dolor de su bendita Madre, como por la extraord inaria predisposición con que vosotros, hombres y mujeres de las cofradías, recibís lo que se os dice; el cariño con que aceptais la palabra de los pregoneros. De otro el que, en este mismo histórico templo, hace ahora un año, un querido amigo y entrañable compañero o, Juan Bustos, pronunció un extraordinario pregón pleno de amor a la Santísima Virgen, oración hecha poesía o poesía hecha plegaria; un pregón difícil de olvidar que puso el listón muy alto. Y en dos ocasiones consecutivas anteriores, otro gran amigo, cofrade de esta Hermandad, Ángel Luis Sabador, utilizó su verbo fluido y su verso fácil para cantar a María Santísima de la Alhambra, logrando composiciones bellísimas. A la calidad de ambos yo sólo puedo oponer un valor personal, el de la palabra que brota directamente del corazón, y una inestimable ayuda pues días después del encargo subí a postrarme con humildad a los pies de la Señora y de Ella rec ibí el ánimo necesario. Por eso estoy aquí y por eso también os digo, muy sinceramente, perdón y gracias a un tiempo.

Hay un rumor increíble de voces en los bosques centenarios del recinto alhambreño, tal vez excitados los ánimos por la prese ncia siempre atractiva de los legionarios; un rumor que se rompe, de pronto, cuando el Sol ya está cayendo pero se resiste a desapar ecer porque quiere verla, porque siente envidia de no ser él quien la acompañe e ilumine en el recorrido; cuando aparece el trono de María en el dintel de la puerta de esta vieja iglesia que una vez quiso competir con las torres árabes, hasta que comenzó a guardar entre sus muros el más preciado tesoro de cuantos pueden esconder las almenas rojas. Un rumor que va acallándose poco a poco porqu e está a punto de comenzar el desfile procesional del Sábado Santo, el del dolor por excelencia, el del sufrimiento de una madre con el corazón deshecho al llevar en su regazo nada menos que a su propio hijo muerto por la injusticia, el odio, las frustraciones, lo s rencores personales, la vanidad, el falso orgullo, la prepotencia, la falsedad, la envidia... el de un hijo cuyo único pecado fue amar y desear que todos nos amásemos como Él nos enseñó.

 Si uno presta oidos a los murmullos del tiempo puede oir cómo hay sonidos de espadas atacantes que chocan con violencia cont ra alfanjes que defienden, de cascos de caballos espoleados al unísono por el fragor de la batalla y el miedo, de voces que arengan y tristes ayes que claman ayuda... Casi ya cinco siglos atrás hubo que tomar por la fuerza una plaza que se resistía primero a dejar se ganar por otras gentes y a la que se le negó después la posibilidad de convivir, casi cinco siglos ya condensados en árboles y mi radores, en jardines y en historia. Casi cinco siglos ya, al cabo de los cuales estas mismas murallas, antaño hostiles y beligerante s, parece que se inclinan reverentes al paso de la Virgen que busca con su sola presencia conjugar dos culturas igualmente altivas, de idéntica fe pero diferente concepción. Es como si aquello que las armas y la fuerza, que el fuego y la violencia tantos años tardaron en doblegar, ahora se entregase sumiso, humilde, en paz, ganado por algo mucho más poderoso que todos los ejércitos posibles: la dulzura de una madre, el hechizo de unos ojos que sufren pero dan esperanza, la llamada de la igualdad por encima de razas y de credos, el conjuro, en suma, del amor.

Arrayanes a tu paso florecen,

te refleja el agua cristalina;

y esas torres que eran moras,

por retenerte en sus muros

cristianas ahora se inclinan.

Incienso para ti, la Alhambra;

perfume, el amor inmenso;

caricias, un mar de miradas;

y Granada entera, templo.

La Angustia que en el pecho llevaste

te hizo patrona en la tierra

que te aclama, canta, llora,

que te reza y que te adora

y a la que nunca olvidaste.

Porque Granada es, ¡qué duda cabe!, un inmenso templo al paso de la Virgen de las Angustias, de Santa María de la Alhambra. Si mi antecesor puso de relieve la luz de esta cofradía, la luz de María en las diferentes etapas de su itinerario ciudadano, yo qui ero destacar cómo las calles se han convertido, de pronto, en una gigantesca casa de Dios desde la que todas las miradas convergen e n el grupo escultórico de Ruiz del Peral; cómo brotan plegarias de miles de gargantas desde todas las esquinas y rincones, desde tod os los balcones y ventanas; cómo el clamor que antes se oía allá arriba, en lo alto de la colina roja, ahora se repite como oración unánime al paso de una imagen que auna los sentimientos de los granadinos y arrastra los de los visitantes, de una imagen que es cen tro de atención en su doble condición de patrona y reina de la Semana Santa, en el atractivo enigmático de una Virgen que es Madre d e Dios y ha sabido convertirse en sultana del reducto árabe, favorita de todo un pueblo, embajadora del embrujo cautivador de las so lemnes estancias e intercesora de nuestras súplicas ante su Divino Hijo, tal es su grandeza.

 Es cierto también que Ella nunca olvidó a esta tierra y que vela constantemente. Por que son miles los granadinos que pasan casi a diario por la Carrera y musitan algo ante la puerta, que si disponen de algún tiempo más entran y disfrutan unos instantes de l suave frescor de la basílica y de su inmensa paz, que cuando suben a la Alhambra se llegan a esta iglesia a rezar o tienen simplem ente un recuerdo cariñoso para la que aguarda en su altar mayor; pero somos muchos más, lamentablemente, quienes dejamos transcurrir los días y ni pasamos, ni entramos, ni subimos ni nos acordamos. A pesar de lo cual estoy seguro, lo estais vosotros igual que yo, de que Ella no es tan frágil de memoria, que nos tiene presentes a todos y cada uno, que cuando por fín le recurrimos en súplica, no s mira con comprensión y nos envía un mensaje que penetra hasta lo más profundo de nuestro ser para facilitarnos esa tranquilidad de espíritu que estábamos necesitando; la misma que sentíamos cuando de pequeños nos despertábamos con miedo, acelerado el pulso y agi tados por aterradoras pesadillas, y oíamos en una voz querida el relajante "me quedaré contigo". Es nuestra madre, efectivamente, pe ro no necesita quedarse con nosotros; ¡está siempre con nosotros!.

Por eso en este Sábado Santo que hasta hace apenas un año cerraba con grandiosidad la Semana Mayor y que ahora antecede a Jesús Resucitado, Granada entera, en justa reciprocidad, quiere acompañarla en su dolor, quiere mitigar su sufrimiento, quiere enjugar su llanto... aunque sepa que sólo horas después van a llegar el aleluya, la alegría y el gozo de tener de nuevo a quien creimos perdido.

Madre de las Angustias,

que en el alma llevas duelo;

y hasta el aire que respiras

entrecortado penetra

y va tornándose en hielo.

Lágrimas que van rodando

por divino terciopelo,

como ríos de amargura

silenciosamente fluyen

y en tus ojos se hacen velo.

Quién pudiera a esas ojeras,

huellas de tu sufrimiento,

devolverles el color

que el dolor ha transformado

de rosas en pensamientos.

Y por enjugar tu llanto,

quién fuera espuma del mar,

quién estrellas en el Cielo,

para besarte las manos

y servirte de pañuelo.

Hay en el paso de Santa María de la Alhambra una simbología que no pasa fácilmente inadvertida. Recuerdo que la primera vez que mis hijos lo vieron, muy pequeños entonces, dejaron escapar una exclamación de júbilo: "¡Papá, lleva palomas!". Inmediatamente q uisieron saber por qué y yo respondí que eran el alma de Cristo. "¿Y no se van?", insistieron naturalmente. "No, no se van como Él t ampoco jamás se fue", traté de explicarles. Cuando después recapacité sobre la conversación pude darme cuenta de que la profundidad de semejantes respuestas a tan inocentes preguntas no habían podido ocurrírseme a mí sino que debían haberme sido inspiradas. Y es que se produce una danza de simbolismos en esa representación trágica del dolor y de la muerte, muerte que es al mismo tiempo garant ía de resurrección y, como tal, esperanza de nueva vida, de paz eterna.

El rostro de María es todo un poema de sufrida ternura, una expresión de intensísimo y lacerante dolor con los ojos semicerr ados como si en un inconsciente esfuerzo quisiese negarse a ver lo que íntimamente sabía que iba a ocurrir desde aquella fría noche en Belén cuando todo eran cantos de gloria. A los pies de la cruz mira a su regazo donde yace quien lo abandonó todo por darse a los demás, por predicar el amor en un desesperado intento de salvar a la humanidad del abismo hacia el que había estado caminando desde que fuera cerrado el Paraiso. Tiene el corazón traspasado por una espada y las mejillas casi horadadas por los surcos de lágrimas que ya ni brotan. Con una mano sostiene la cabeza de su Hijo, con la otra apenas si le toma de la mano inerte, como deseando transmitirle de nuevo la vida aunque fuese a costa de la suya. ¿Qué madre no haría igual en un caso semejante?.

Jesús parece dormido, dulcemente dormido. Si nos fijamos podemos ver cómo las huellas del castigo a que ha estado sometido v arios días casi han desaparecido ya, cómo la tensión del gesto contraido que vimos en la Cruz se ha tornado en dulzura infinita, cóm o la desesperación del "Padre, si te es posible pasa de mí este cáliz" cambió con la muerte en esa tranquilidad que produce el cumpl imiento de una difícil misión, el saber que ha sido un sacrificio por la más grande causa jamás pensada, la salvación del hombre, y que por si fuera poco ha muerto perdonando. Y en esa apariencia de sueño, por tanto, hay una promesa de nueva vida lo que produce un a sensación de paz indescriptible, un consuelo para los seres angustiados, una promesa de redención que es, en definitiva, el mensaje último de la inmolación del Hombre-Dios. Por eso están ahí las palomas restañando las heridas todavía abiertas, tanto en el cuerpo de Cristo como en el corazón de María.

También la procesión ha visto casi cumplida, un año más, su misión por las calles de la ciudad. Los costaleros, en un increi ble sobreesfuerzo que ni ellos mismos saben cómo pueden realizar a no ser que les lleguen las energías desde lo alto, suben lenta pe ro airosamente la Cuesta de Gomérez, pasan la Puerta de las Granadas, enfilan el Paseo Central de Coches y llegan a la Puerta de la Justicia que se enciende como inmensa ascua de luz en honor de las imágenes, como se han encendido a lo largo de todo el recorrido l as miradas de quienes las han visto pasar. Hay una loca mezcla de pena y de alegría, de gozo y de tristeza, de satisfacción por que se está alcanzando el objetivo y de amargura al quedar por delante todo un año para empezar otra vez. Si el recinto árabe se llena d e júbilo por recibir de nuevo a la Señora, la Granada cristiana se queda vacía al perderla de sus calles.

Cuando la Virgen, tras pasar la gigantesca luminaria y recibir un aluvión de piropos, llega a la entrada del templo, el sil encio vuelve a hacerse expectante por que todos desean que las plegarias broten más del corazón que de los labios. Ha terminado la p rocesión, pero no la emotividad que alcanza su punto culminante cuando los costaleros inician, muy despacio, el acceso a la Iglesia; de pronto las trompetas y tambores que han acompañado tantas veces el desfile, rompen estruendosamente el misterio de los bosques p ara interpretar el himno de despedida. En las torres bermejas, en los verdes árboles, en los rojizos arcos, en las encaladas fachada s y, sobre todo en las almas de quienes la han seguido va a quedar grabada para siempre la imagen de Santa María. Granada le ha rend ido tributo una vez más y se conforma ahora con su prolongada ausencia, consciente como es de la rotundidad con que su retorno, un año después, volverá a llenar de magia sus calles y plazas. ¿Alguien se ha preguntado qué es el duende de Granada?.

Pero el retorno debía producirse, la Alhambra estaba impaciente por verla regresar a su casa permanente de la colina; la tor re de la Vela ha gemido durante largas horas llorando el no tenerla, las fuentes casi han enmudecido al cambiar el cantarino gorgote o de sus chorros por silenciosas lágrimas; los pájaros que en esta época de Primavera son ya juguetones, se han escondido tristement e en el instante en que la vieron partir. En el transcurso de apenas un rato, para ellos desde luego interminable, la magia del reci nto hizo un paréntesis para estallar en mil ruidos distintos cuando se inició la ascensión desde Plaza Nueva. Ahora, con las puertas cerradas y el divino tesoro custodiado, el viejo castillo vuelve a ser la que era. Y el dolor de la Madre va convertirse enseguida en gozo por la resurrección, tal es el misterio renovado en nuestra tradición más sentida; tal es, en definitiva, el principal basti ón de nuestra fe.

Campanadas en la Vela recuerdan

que es medianoche en Granada.

Un eco en el aire resuena:

¿suspiro, lamento, llamada...?

Es la Alhambra que llora en silencio,

son las fuentes, las almenas, las ramas;

son las piedras que alertas esperan

y a su Virgen impacientes reclaman.

Más tarde,

se habrán cerrado las puertas del templo

y enmudecido timbales y flautas;

en silencio las almas meditan

y los cirios exhaustos se apagan.

Quedó su imagen bendita

para siempre en el tiempo grabada;

si la buscas, saldrá a tu encuentro.

¡Sólo tienes que alzar la mirada!

Nada más. Muchas gracias.

Enrique Seijas Muñoz

5 de Abril de 1987